

no de las aguas empezó la gente á llenar las plazas. Veíase en ellas al curioso campesino con su capa y gorra, y al trabajador de piernas desnudas, manifestando su tímida sorpresa; al circunspecto israelita de larga barba y castán flotante; á varios nobles, algunas máscaras, y muchos curiosos extranjeros de los que concurrían aun á aquella República moribunda. Susurrábase que iba á celebrarse un acto de justicia con el fin de asegurar el reposo de los habitantes y de dispensarles una segura protección: en una palabra, el ocio, la curiosidad, el espíritu de la venganza y todo el conjunto de las pasiones humanas reunieran una multitud de personas ansiosas de presenciar los últimos instantes de un hombre condenado por los tribunales.

Formáronse los Dálmatas á la orilla del mar y en derredor de las columnas de la

Piazzeta, frente á los pilares de granito, harto conocidos símbolos de muerte. Paseábanse algunos guerreros de graduación y ceñudo semblante por delante de las tropas quienes por especial favor concedieran á un centenar de pescadores que se colocasen entre las filas para así presenciar mas á su placer la venganza del asesinato de Antonio. Entre los erguidos pedestales de san Teodoro y del leon alado, divisábase el tronco, la segur, el serrin y el cesto, útiles inseparables en aquella época de las ejecuciones judiciales. A su lado veíase el verdugo.

Un movimiento de la masa disciplinada obligó á los circunstantes á fijar sus miradas en la puerta del palacio, dejándose oír un sordo murmullo: hizo calle la multitud, y á poco apareció un cuerpo de esbirros que marchaba con acelerado paso. Abriéronse los Dálmatas en dos filas para recibir

en su centro á los ministros del destino , y cerraron otra vez sus filas pareciendo separar al reo del mundo y de todas sus esperanzas. Al llegar la comitiva cabe el suplicio , situado entre las dos columnas , formáronse los esbirros en dos alas á cierta distancia , dejando á Jacobo junto á los instrumentos de muerte , al lado de su confesor , expuestos ambos á las curiosas miradas del público.

Las descarnadas facciones del P. Anselmo , efecto de sus continuas austeridades , y sus ojos solo severos para mirar sus propias flaquezas , expresaban inquieta incertidumbre , aunque de cuando en cuando aparecía en ellos cierto vislumbre de esperanza : agitábanse de continuo sus labios para rogar por el desventurado á quien asistía. Sin embargo , por efecto de una impulsión involuntaria , fijábanse sus miradas en las ventanas del palacio del

Dux. Presagiábale el corazon siniestros sucesos , y miraba al reo con sublimidad y ternura.

Jacobo se acercó con tranquilo paso al suplicio. Pálido , desnuda la cabeza , con el cuello descubierto hasta la espalda , y vestido como un gondolero ordinario , postróse de rodillas así que llegó al sitio de la muerte ; é inclinando la cabeza , imploró fervorosamente los auxilios del padre de las misericordias. Levantóse concluida la oracion , y empezó á examinar con calma y dignidad el rostro de cuantos le rodeaban ; pero como no viese entre la muchedumbre el menor vestigio de compasion por su suerte , no pudo contener un impulso de vergüenza , y exhaló un profundo suspiro. Todos cuantos le miraban de cerca creyeron que iba á abandonarle el imperio que ejercía el desventurado sobre sí mismo ; pero se engañaron , pues si bien

no fué dueño de reprimir un pasagero estremecimiento, adquirió en breve su rostro la acostumbrada calma.

— ¿Has encontrado en la concurrencia el ojo compasivo de un amigo? le preguntó el religioso á quien no se escapara su convulsivo movimiento.

— No, padre mio: nadie se compadece de un asesino, respondió con serenidad.

— Pues acuérdate de tu Redentor, que sufrió la ignominia y la muerte por una raza que negaba su divinidad mofándose de sus padecimientos.

Jacobo hizo la señal de la cruz inclinando la cabeza con respeto.

— Padre, ¿teneis que orar todavía? le

preguntó el gefe de los esbirros encargado de presidir la ejecucion.

— ¿Son terminantes vuestras órdenes? interrumpióle el P. Anselmo fijando otra vez maquinalmente la vista en las ventanas del palacio. ¿Es cierto que ha de morir el preso?

El ministro no pudo menos de sonreirse al notar la sencillez de esta pregunta, y respondió con el tono apático de un hombre harto familiarizado con los padecimientos de sus semejantes para dar entrada en su pecho á la compasion:

— No lo dudeis. Rdo, padre. Todo viviente debe morir; y señaladamente los condenados á ello por S. Marcos. Ya es tiempo de que vuestro penitente piense en su alma.

— ¿Teneis en efecto órdenes positivas?..
¿Se ha fijado la hora?..

— Sí, buen carmelita, y el momento no está lejos: así pues sereis cuerdo en aprovechar el poco tiempo que os queda, á no estar bien seguro del estado de su alma.

Dicho esto miró el ministro el cuadrante de la plaza, y retiróse sin la menor muestra de sensibilidad, dejando por segunda vez solos entre las columnas al sacerdote y á Jacobo, no pudiendo aun persuadirse el primero de que la ejecucion se llevase á cabo.

— Tienes alguna esperanza, Jacobo? le preguntó.

— En Dios, padre mio.

— No es posible que se cometa semejan-

te injusticia. He confesado á Antonio; he presenciado su muerte: el principe no lo ignora...

— ¿Y qué valen el principe ni su justicia, cuando se le contrapone el egoismo del Senado?

— No afirmaré que Dios haya de condenar á los que cometan contigo semejante atentado, porque no nos es dado á nosotros, miserós mortales, penetrar su inescrutable sabiduría. Esta vida y cuanto puede ofrecer el mundo son débiles átomos á sus ojos que todo lo ven, y aquello que miramos como un mal suele conducirnos al mayor grado de ventura. ¿Confias en tu Redentor, Jacobo?

El Bravo llevó la mano á su corazon, asomando al mismo tiempo á sus labios la sonrisa de la seguridad que solo experi-

menta el que se halla sostenido por la fe y la confianza.

— Oremos otra vez, hijo mío.

Ambos se arrodillaron, y Jacobo reclinó la cabeza sobre el suplicio en tanto que por última vez imploraba el carmelita los auxilios del Dios de las misericordias en favor de aquel desventurado. Concluido el acto religioso, levantóse el Bravo, permaneciendo el confesor en su actitud de súplica, tan ocupada la mente en sus piadosas meditaciones, que olvidando los primeros pensamientos, llegó á persuadirse que su penitente iba á gozar en aquel instante de la felicidad eterna. En esto se acercaron al sitio el jefe de los esbirros y el ejecutor público: el primero tocó suavemente en el hombro al P. Anselmo, mostrándole con el dedo el cuadrante.

— Se acerca el momento, le dijo en voz baja mas bien por hábito que por consideracion á la víctima.

El carmelita dirigió maquinalmente la vista hácia el palacio, y como viese gente en las ventanas, creyó que iba á hacerse la señal de gracia.

— ¡Deteneos! exclamó con energia: por el amor de la Virgen María no os apresureis demasiado.

Esta misma exclamacion repitió la aguda voz de una muger; y Gelsomina, venciendo cuantos obstáculos se opusieron para detenerla, penetró por las filas de los Dálmatas, logrando llegar al pequeño grupo situado entre las columnas de granito. La sorpresa y la curiosidad agitaron á los espectadores, y un sordo murmullo se oyó entonces en la plaza.

— Es una loca , decian unos.

— No, sino una víctima de sus sortilegios, añadían otros; porque cuando acusa la voz pública á un hombre, casi siempre se le atribuyen la mayor parte de los crímenes que en la sociedad se cometen.

Gelsomina asió las ligaduras que sujetaban los brazos de Jacobo , haciendo frenéticos esfuerzos para dejárselos libres.

— Confiaba en que te habrían ahorrado la pena de que vieses este espectáculo, pobre Gessina, dijo el Bravo.

— No te asustes , respondió la doncella respirando difícilmente. Esto no, es mas que una farsa, una de sus astucias para imponer á la muchedumbre..... No pueden..... no se atreverán á cortar un solo cabello de tu cabeza , Carlos.

— ¡ Gelsomina !...

— No me detengas. Hablaré á los ciudadanos , y les diré todo.... Están ahora irritados; pero cuando sepan la verdad , te amarán tanto como yo.

— ¡ Bendígate el Cielo ! ¡ Cuanto diera porque no hubieses venido !

— Nada temas. Estoy poco acostumbrada á ver tanta concurrencia ; pero ya observarás como me atrevo á hablar y á descubrir la verdad con desembarazo. Para ello necesito tomar aliento.

— ¡ Querida Gessina ! Tienes padres con quienes dividir tu ternura; y cumpliendo con ellos, como Dios te ordena, serás dichosa.

— Ya me encuentro descansada ; voy á hablar y á restablecer tu opinion.

Dicho esto, apartóse del lado de su infeliz amante, para quien la pérdida de la vida era nada en aquel momento comparada con el precio de tal separacion; y la lucha que tenia que sostener su corazon quedó terminada desde entonces. Reclinó la cabeza sobre un borde del suplicio, ante el cual se arrojara de nuevo, indicando, según tenia las manos, que estaba pidiendo por la felicidad de la que acababa de separarse de él. Pero los pensamientos de Gelsomina eran otros: apartó con ambas manos los cabellos que desordenadamente caian sobre su frente, y acercóse á los pescadores, á quienes reconoció fácilmente por los gorros encarnados y pies descalzos. Su sonrisa era semejante á la que la imaginacion daria á los bienaventurados en sus visiones de amor celeste.

— ¡ Venecianos! exclamó: estoy muy

distante de criticar vuestra conducta al veros aquí reunidos para presenciar la muerte de un hombre á quien juzgais indigno de vivir....

— Del asesino del viejo Antonio, prorrumpieron infinitas voces á la vez.

— Sí: sin duda, del asesino de ese digno anciano. Pero cuando os descubra la verdad, cuando llegueis á saber que el que mirais como asesino era un hijo piadoso, fiel servidor de la República, excelente gondolero, y de corazon franco y generoso, cesarán vuestros deseos de ver correr su sangre, y solo clamareis por la justicia...

Un general murmullo ahogó su voz tan desfallecida y trémula, que solo guardando un profundo silencio pudiera oírsele. El P. Anselmo, que se habia acercado á ella, pidió por señas que la escuchasen.

— Oídla, hombres de las lagunas, les dijo; es la pura verdad cuanto expone.

— Y de ello son testigos el Cielo y este venerable religioso que me acompaña, prosiguió Gelsomina. Cuando conozcais mejor á Carlos y sepais á fondo su historia, estoy cierta que sereis los primeros en pedir su libertad. Digo esto, para que al presentarse el Dux á la ventana á hacer la seña del perdón, no mostreis vuestro descontento, ni creáis que rehusan haceros justicia. El miserable Carlos.....

— Esa muchacha está loca, dijeron algunos pescadores: no se trata de ningún Carlos, sino de Jacobo Frontoni, de un Bravo.

Sonrióse Gelsomina con la seguridad que presta la inocencia; y habiendo procurado

tomar aliento, no obstante su agitación nerviosa, respondió:

— Carlos ó Jacobo... Jacobo ó Carlos... Nada importa que....

— ¡ Ah! hacen la seña desde el palacio, exclamó el religioso extendiendo los brazos hácia aquella parte como para recibir un favor.

Sonaron las trompetas, y una segunda seña fijo la atención de los circunstantes. Despidió Gelsomina un grito de alegría, y corrió exhalada á precipitarse á los brazos de su amante, que creyó salvo... Pero el hacha brilló en esto á sus ojos, y la cabeza de Jacobo vino rodando por el pavimento hasta los pies de la desgraciada..... Un movimiento universal en la masa animada de la muchedumbre anunció el desenlace de la tragedia....

Formáronse los Dálmatas en columna; atravesaron los esbirros por medio del innumerable gentío; corrió el agua de la bahía por las losas, amontonándose en seguida el serrin ensangrentado; la cabeza, el tronco del cuerpo, lo que componía el suplicio, con los instrumentos de muerte y el verdugo, todo desapareció en menos de un minuto, empezando á girar los concurrentes en diversas direcciones por aquel sitio fatal.

Durante tan corto como horrible momento permanecieron inmóviles el P. Anselmo y Gelsomina: todo estaba ya consumado, y aun era para ellos un sueño aquella escena.

— Llévense de aquí esa loca, dijo un empleado del Gobierno señalando á Gelsomina; cuya orden quedó ejecutada con una prontitud veneciana, y antes de haber sa-

cado de la plaza á la desventurada, vióse ya cumplido el supuesto de estas palabras. Osaba apenas respirar el carmelita, y miraba alternativamente á la gente, á las ventanas del palacio, y al sol que alumbraba con todo su brillo.

— Reverendo padre, le dijo uno al oído, estais perdido si permanecéis aquí un instante mas: sed prudente y seguidme.

Hallábase sobrado abatido el P. Anselmo, y no vaciló un momento en abrazar este consejo: siguió á su guía, que le llevó por diversas callejuelas solitarias hasta el muelle, donde se embarcó sin dilacion en una góndola, y antes que el sol hubiese llegado á la mitad de su carrera, navegaba el pensativo y trémulo religioso hácia los Estados pontificios, teniendo en breve la satisfaccion de verse en el castillo de Sta. Agueda.

A la hora regular ocultóse el sol detrás de las montañas, y apareció la luna por las barreras del Lido. Llenáronse, como de costumbre, las estrechas calles de Venecia de inmenso gentío, que cubria igualmente ambas plazas. Una suave luz reflejó sobre la elegante arquitectura del palacio y sobre la gigantesca torre, como los rayos que coronan las islas bajo un horizonte despejado.

Despidieron las lámparas brillante claridad bajo los pórticos; los de alegre genio burláronse de sus amigos y compinches; los ociosos pasaron el tiempo entretenidos; ocupáronse los máscaras de sus secretas tramas; las cantarinas y bufones lucieron sus habilidades, y toda la poblacion se agitó en estos fútiles placeres, que son el patrimonio de la irreflexion y de la ociosidad. Cada cual vivió para sí mismo, en tanto que el Estado de Venecia conservara su

administracion viciosa, corrompiendo igualmente á los gobernantes y gobernados, y hollando con altiva planta los sagrados principios cuya base son la verdad y natural justicia.

FIN DEL TOMO CUARTO Y ULTIMO.



